

NECROLÓGICA

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO (Madrid, 1942-2022)



Pedro Navascués.
(Foto: cedida por la Real Academia de San Fernando)

Pedro Navascués, infatigable defensor del patrimonio arquitectónico

El pasado 5 de septiembre falleció en Madrid, repentinamente, a la edad de ochenta años y en plena actividad investigadora e intelectual, el gran historiador de la arquitectura Pedro Navascués.

El profesor Navascués desempeñó una larga, fructífera carrera docente. Primero, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense (1964); y luego, en la Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, donde ganó la cátedra de «Historia del Arte» (1978). Discípulo él mismo de los grandes maestros de la historia de la arquitectura en España (en particular, de Chueca Goitia, quien dirigió su tesis doctoral), ha constituido el eslabón imprescindible en esa cadena, tan firmemente forjada a lo largo del siglo XX, para la formación de nuevos arquitectos e historiadores. En las aulas de Arquitectura supo crear «escuela», abriendo líneas de exploración, dirigiendo tesis doctorales —numerosísimas— y proyectos de investigación. De esta Escuela fue subdirector en un largo período; y en ella promovió, en los años noventa, los primeros cursos de postgrado en conservación y restauración del patrimonio, en que, tras su jubilación en 2012, siguió

enseñando y motivando, cada vez más, a sus alumnos (y a los profesores que procurábamos no perdernos sus magistrales, siempre renovadas lecciones).

Su vocación y su capacidad docente no se agotaron en las aulas universitarias: las extendió a otras enseñanzas no regladas y aprendizajes en multitud de cursos y viajes; abriéndolas —en una modélica función social y formativa— a muy diversos públicos. Entre esas acciones destacamos aquí las inolvidables *Lecciones de Arquitectura Española* y los congresos de *Medievalismo* y *neomedievalismo* que se impartían en el círculo del llamado «Grupo de Ávila» (con Fernando Chueca y el no hace mucho fallecido José Luis Gutiérrez Robledo).

Nos enseñó a muchas promociones de alumnos y profesores a viajar con él —por tierras, sobre todo, de las dos Castillas— para encontrarnos con la realidad inmediata de los viejos y memorables edificios. Esta práctica, ya defendida por Torres Balbás y seguida por Chueca fue, naturalmente, transferida por Navascués a las nuevas generaciones. Este formar parte de una tradición —transmisión—, pero también la personal cualidad de Navascués, facilitó que aquel historiador del arte que se había formado en la Facultad de Filosofía muy pronto alcanzara un modo de ver los edificios —en su meollo espacial y en su materialidad constructiva— propiamente de arquitecto. Quienes pudimos visitar con él edificios en obras de restauración sabemos de su atención a los aspectos materiales; sabemos de la curiosidad que le llevaba a adentrarse por entre las armaduras de cubiertas y chapiteles, por los andamios y por los trasdoses de bóvedas, y escudriñar —y tocar— revocos, carpinterías, sillares. Sabemos, en definitiva, de su acertado juicio sobre cuestiones técnicas; y de la lucidez con que captaba la razón constructiva que parecía quedar velada ante otros ojos. No en balde, y con toda propiedad, el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid quiso reconocerle, en 2019, como Colegiado de Honor.

La cuidadosa mirada de Navascués hacia la estructura y esencia constructiva de los edificios quedó reflejada en no pocos de sus escritos e investigaciones. En este sentido, en sus últimos años desarrolló una intensa

labor en el campo de la historia de la ingeniería y la técnica; así, en el ámbito de la activa Fundación Juanelo Turriano, de cuyo patronato fue presidente (2020), comisarió, junto con Bernardo Revuelta, exposiciones tan reconocidas como las recientes *Ingeniería y construcción* (2017) y *Fortificación y ciudad* (2021), que constituyen muestra tangible de ese interés.

A la vez que atendía a la materialidad física de los edificios, se interesó siempre por las condiciones de su entorno y muy en particular por los jardines históricos, considerando a estos como un tema también de *arquitectura*. Y ello comportó una decisiva derivación docente: en la Escuela de Arquitectura de Madrid, los primeros pasos en pro del valor patrimonial de los jardines históricos fueron dados por Navascués y por la también capital figura de Carmen Añón; juntos, por tomar un ilustre ejemplo, estudiaron y «salvaron» el jardín de la Alameda de Osuna en Madrid, que se encontraba en un estado de abandono muy próximo a su desaparición.

Este aspecto de concebir la investigación —aportación de conocimiento— como primer paso para una valoración y, de ahí, una oportuna conservación es constante en la trayectoria de Pedro Navascués. De hecho, la «sistemática destrucción» de la arquitectura ochocentista, en especial de los conjuntos neogóticos y neomudéjares, le llevó a interesarse por ese período; y a realizar su ya citada tesis doctoral sobre el tema, entonces postergado, de esa arquitectura. Fue publicada en 1973 y, desde entonces, su *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX* ha sido el libro en el que hemos bebido, y seguimos bebiendo, todos los que nos interesamos por aquellas construcciones: unas construcciones —recordémoslo— hoy comprendidas y revalorizadas gracias a él.

También sus muchos estudios sobre las catedrales de España corren parejos a su defensa, en una labor denodada y muchas veces a un alto coste personal. De este modo, en su *Teoría del coro en las catedrales españolas*, lúcido discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes (1998), no ocultaba por qué había elegido ese tema para tan solemne ocasión: «pues se trata de la página de la historia de la arquitectura más ignorada y vilipendiada por casi todos (...)». Las acciones que emprendió a favor de los conjuntos catedralicios articularon las múltiples dimensiones que convergen en esos complejos organismos: el uso, la forma, la construcción... Navascués comprendía, como pocos, qué es una catedral: su ser que —más allá de las tan frecuentes aproximaciones parciales— reside en la integración de muy disímiles valores; y comprendía, también, a diferencia de algunos historiadores, que la catedral es una muy particular conjunción de tiempos y añadidos históricos.

Impulsor de tantas acciones de salvaguardia del patrimonio arquitectónico nos ha mostrado el camino en que al rigor intelectual se suma, inseparablemente, el compromiso ético. Y, en fin, en tantos y tantos de sus escritos queda patente esa creencia —que no le impedía, sin embargo, ser realista— de que el *conocer* es la vía ineludible para *conservar*.

Nacido en Madrid (1942), era hijo del ínclito historiador, también Académico de Bellas Artes, Joaquín María de Navascués; y esposo de María Victoria López-Cordón, prestigiosa historiadora y catedrática de la Universidad Complutense. Tuvo una relevante presencia en el mundo cultural, no solo en España. Además de académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando (donde desempeñó un impagable papel como presidente de la Comisión de Monumentos), fue Doctor *honoris causa* por la Universidad de Coimbra y miembro de la *Hispanic Society*. Cuantos, desde muy distintos campos disciplinares, tuvimos la fortuna de conocerle, tratarle y aprender con él, somos conscientes del vacío inmenso que deja; y también, de su legado.

JAVIER GARCÍA-GUTIÉRREZ MOSTEIRO
Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid